

DE BUENAS LETRAS

De Innisfree a Calabuch

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC De la Academia de Buenas Letras de Granada

A José Manuel Jiménez Carmona

En un impecable tecnicolor, John Wayne llega a una pequeña estación de la cam-piña irlandesa y pregunta por dónde se va a Innisfree. Los que están allí conocen el camino pero ninguno se lo indica, porque entre ellos se enredan en hablar sobre la pesca de la trucha. Parece que, desde que ha bajado del tren, John Wayne acaba de pasar al otro lado del espejo y se encuentra ya en otra realidad, en otra dimensión. De pronto, con la misma soltura del Conejo Blanco de 'Alicia en el País de las Maravillas', surge Barry Fitzgerald, coge las maletas y ordena que le siga. Ambos recorren en calesa un entorno tan bucólico que resulta imaginario. Finalmente los que estaban en el andén se asoman por una tapia y se preguntan: «¿Por qué todos quieren ir a Innisfree?». La respuesta nos la da John Ford a lo largo de su película 'El hombre tranquilo'. Da la sensación de que, con esta secuencia, el cineasta norteamericano y su guionista Frank S. Nugent, sin proponérselo, acababan de inaugurar en 1952 el realismo mágico. Al final de la cinta uno desearía vivir en Innisfree.

Cuatro años más tarde, en un blanco y negro neorrealista, Edmund Gwenn, un sabio nuclear procedente asimismo de ninguna parte,

aparece en una playa levantina de mano de Luis García Berlanga. Se encuentra con dos mozos vestidos de romano, porque ensayan las fiestas del pueblo, y obviamente les habla en latín, por si acaso. A partir de este momento, Gwenn también traspasa el espejo y comienza a disfrutar de Calabuch, el lugar donde «todo el mundo hace lo que le gusta», donde las fuerzas vivas están tan identificadas con la gente que hasta el calabozo del pueblo parece un balneario. Tan solo destaco un personaje que podría protagonizar otra película: el torero Pucherito (José Luis Ozores), que, con su destaralado camión y el pobre toro Bocanegra, va de pueblo en pueblo ofreciendo, a su pesar, un espectáculo tan hilarante como abatido.

Tanto John Wayne como Edmund Gwenn son dos seres que huyen de su pasado y se recluyen en unas aldeas que no existen, igual que el mismo cine que representan. La feliz irrealidad de Innisfree y Calabuch no se encuentra en su paisaje sino en la bondad de su gente. Allí los sucesos y los conflictos fluyen con tal armonía que al final no culminan en la muerte sino en la vida misma. Todo lo que acabo de escribir fue fruto de una plácida conversación con un buen amigo, alguien que enriquecería con su presencia Innisfree o Calabuch.